ESCENAS
(Ensayo)



La tumba de Cuauhtémoc (detalle vectorizado), tinta sobre papel de Jesús Escobedo, 1935. Fuente: INEHRM.

El destino del guerrero capturado

Los casos de Tlacahuepan, Tlahuicole, Motecuhzoma y Cuauhtémoc

FIGURAS REVISTA ACADÉMICA DE INVESTIGACIÓN
ISSN 2683-2917
Vol. 6, núm. 3, julio - octubre 2025
https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2025.6.3

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

The fate of the captured warrior. The cases of Tlacahuepan, Tlahuicole, Motecuhzoma y Cuauhtémoc

https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2025.6.3.440

Miguel Pastrana-Flores
Universidad Nacional Autónoma de México.
Instituto de Investigaciones Históricas. México
micquetl@unam.mx

En la tarde del día *ce cóatl* (uno serpiente) del año *yei calli* (tres casa), correspondiente al martes trece de agosto de 1521, después de un largo asedio de ochenta días a cargo de las fuerzas militares hispano-indígenas al mando de Hernando Cortés, la ciudad de Tlatelolco se encontraba al borde del colapso (Tenochtitlan había sucumbido unos días antes). En ese momento, el *tlatoani* mexica Cuauhtémoc junto con varios de sus más importantes dignatarios trató de escabullirse con el propósito de continuar la lucha en otro momento y lugar. Sin embargo,

la embarcación en la que iba fue vista, perseguida y finalmente capturada por el bergantín que comandaba García Holguín.

Cuauhtémoc fue llevado preso junto con sus hombres al real donde se encontraba Cortés. Una vez ante la presencia del jefe hispano, el joven mandatario se comportó de la siguiente manera según lo cuenta el propio capitán extremeño en su *Tercera relación*:

> Díjome en su lengua que ya él había fecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos fasta venir en aquel estado, que agora ficiese dél lo que yo quisiese. Y puso la mano en un puñal que yo tenía, deciéndome que le diese de puñaladas y lo matase.

Sin duda, motivado tanto por un cálculo político para relacionarse mejor con la población vencida como por el deseo de mostrarse públicamente magnánimo en su victoria, Cortés respondió de la siguiente manera: "yo lo animé y le dije que no tuviese temor ninguno".[1]

No cabe duda que, como lo ha propuesto Eduardo Matos Moctezuma, las palabras atribuidas a Cuauhtémoc aludían a la conocida tradición náhuatl de sacrificar a los guerreros capturados en combate. De esta forma, lo que el *tlatoani* mexica pedía al capitán hispano era que lo sacrificara conforme a los marcos religiosos mesoamericanos.[2] A pesar de que este episodio es muy conocido, sus implicaciones desde la perspectiva de la cultura náhuatl apenas han sido estudiadas. Así, desde ese punto de vista puede plantearse la siguiente interrogante: al negársele a Cuauhtémoc la muerte ritual que dictaba la tradición, ¿ponía en entredicho, de alguna forma, la fama, la honra y el destino que como guerrero y *tlatoani* le correspondían en este mundo y en el más allá?

Contrario a lo que podría pensarse, el caso de Cuauhtémoc no es único. En efecto, en la historiografía de tradición náhuatl hay mención de otros personajes –igualmente notables guerreros y grandes gobernantes capturados–, a quienes por diversas circunstancias también les fue vedada la muerte ritual, como es el caso de Tlacahuepan, Tlahuicole, Motecuhzoma Xocoyotzin, entre otros, cuya situación es necesario conocer para comprender mejor la fortuna de Cuauhtémoc. Por ello, es preciso revisar primero el contexto general del tratamiento ritual de los guerreros

[1] Cortés, *Cartas de Relación*, "Tercera relación", 427.

[2] Matos, "La muerte de Cuauhtémoc", 68-73.

apresados en la guerra con el objetivo de profundizar en la suerte que afrontaron estos cuatro destacados personajes del mundo náhuatl.

Muerte a filo de obsidiana… o de pedernal

La gran mayoría de las fuentes y de los estudiosos modernos coinciden en afirmar que durante el periodo Posclásico Tardío (1200-1521), y específicamente en el tiempo de la expansión militar de la *Excan Tlahtoloyan* o Triple Alianza (1427-1521), en el Altiplano central de México era generalizado destinar a los guerreros capturados en combate a los rituales de sacrificio humano, ya sea por medio de una *yaóyotl* (guerra regular) o de la llamada *xochiyaóyotl* ("guerra florida"), la suerte de los cautivos era la misma. Tal como lo dice fray Toribio Motolinía en *Memoriales*: "Nunca jamás rescataban ni libraban a ninguno, por principal señor que fuese: antes mientras mayor era, más lo guardaban para sacrificar ante sus demonios".[3] Por esa razón, es imposible soslayar la función e importancia de la guerra y el sacrificio humano de los cautivos tanto desde la perspectiva de la política militarista hegemónica de la *Excan Tlahtoloyan*, como de su función en la organización social y su relevancia en la cosmovisión indígena, en los rituales públicos, en la dinámica de la religión nahua y en la ideología militar que, al parecer, era común –con diversos matices– a las ciudades del centro de México.

Complejo como pocos es el tema de la muerte en el mundo mesoamericano, y especialmente en lo que respecta a los guerreros nahuas en los tiempos de la expansión mexica. Desde el nacimiento mismo se señalaba a los varones la importancia de la guerra en los ámbitos de lo social, lo religioso y lo ritual, así las ancianas parteras recibían a los recién nacidos con las siguientes palabras recopiladas por fray Bernardino de Sahagún:

> Tu propia tierra otra es; en otra parte estás prometido, que es el campo donde se hazen las guerras, donde se traban las batallas. Para allí eres enviado. Tu oficio y facultad es la guerra. Tu oficio es dar a beber al Sol con sangre de tus

[3] Motolinía, *Memoriales*, 160. Hay dos excepciones en las fuentes. En la *Relación de Coatepec* (161) refiere que el gobernante de Chimalhuacán tuvo cautivo al de Xiuhtepec hasta que este último accedió a tributarle joyas de oro y mantas ricas a cambio de su libertad. Por su parte Francisco Cervantes de Salazar, en su *Crónica de la Nueva España* (42) dice que "muy pocas veces" se liberaban algunos cautivos de guerra de alto rango, y sólo con el propósito que anunciaran en sus poblaciones de origen la conveniencia de someterse a sus captores. No obstante, son referencias anómalas que parecen estar fuera de la norma y no han sido debidamente explicadas. Véase González Torres, *El sacrificio humano entre los mexicas*, y Graulich, *El sacrificio humano entre los aztecas*.

> enemigos, y dar de comer a la Tierra, que se llama Tlaltecuhtli, con los cuerpos de tus enemigos.[4]

Durante la infancia y la juventud, los varones –tanto los privilegiados de origen *pilli* como los del común de origen *macehualli*– eran formados en el ámbito familiar, en las escuelas *calmécac* y *telpochcalli* respectivamente, y a través de los rituales, los cantos, las narraciones históricas y la escultura monumental con constantes y reiterados mensajes de la importancia en las actividades bélicas para cumplir con la inenarrable deuda de sangre que se tenía con los dioses desde el nacimiento mismo del Nahui Ollin Tonatiuh ('Sol Cuatro Movimiento'), un dios solar que preside la era actual que dio inicio en tiempos primordiales en Teotihuacan. Cabe destacar, de igual forma, el sacrificio de Tlaltecuhtli, la diosa de la Tierra que fue partida en dos por Tezcatlipoca, y de Quetzalcóatl, que fueron necesarios para dar origen al mundo como morada de los seres sensibles, incluso puede mencionarse el viaje al inframundo que emprendió Quetzalcóatl para obtener los huesos de los seres humanos de las anteriores eras o soles para traer a la vida una nueva humanidad. Todos estos acontecimientos sacros ocurrieron gracias al autosacrificio y la inmolación de las deidades del panteón náhuatl.

Por otra parte, la guerra no sólo era el medio para obtener las preciadas ofrendas humanas que serían inmoladas en templos y santuarios, sino que también representaba la oportunidad de obtener riquezas materiales y dominios territoriales para las orgullosas urbes militaristas del Posclásico del Centro de México, y sus encumbrados mandatarios. De igual forma, los guerreros tenían la oportunidad de distinguirse en el campo de batalla al mostrar su arrojo y lograr cautivos, lo que les permitía acceder a la gloria, la fama, los privilegios y a un cierto grado de ascenso social, derechos de suma importancia. Sin embargo, como es obvio, no todos lograban su propósito, algunos perecían en combate, mientras que otros eran capturados y destinados a convertirse en ofrendas dedicadas a la honra de los dioses en otros pueblos. En ese sentido, puede afirmarse que la guerra era una actividad ritual con un profundo sentido religioso, y de manera simultánea una expresión del dominio político, de la diferenciación social y una faceta importante de la actividad económica.

Entre los guerreros involucrados en estas acciones, especialmente entre el cautivador y el cautivo, se establecía una relación de cierta identidad y parentesco simbólico. De esta manera, a partir del apresamiento, el cautivador y el cautivo eran considerados como padre e hijo respectivamente. Por ello, el cautivador, una vez

[4] Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 551.

que la víctima era sacrificada, no participaba del consumo de su carne. Fray Bernardino de Sahagún lo cuenta de esta manera:

> El señor del captivo no comía de la carne porque hacía de cuenta que aquella era su misma carne, porque desde la hora que le capturaba le tenía por hijo, y el captivo a su señor por padre, y por esta razón no quería comer de aquella carne.[5]

El camino de los guerreros muertos

Como lo ha señalado Alfredo López Austin, en la concepción náhuatl del cosmos los seres humanos eran las criaturas más complejas del mundo sensible. Las personas estaban constituidas por una cobertura material tangible que albergaba a tres "entidades anímicas" intangibles por lo menos, las cuales eran similares a los conceptos de alma o espíritu. Estas entidades se separaban del cuerpo material en el momento de la muerte y se trasladaban a otros puntos del cosmos indígena.[6]

Como es conocido, en el mundo náhuatl se concebían distintos destinos reservados a las entidades anímicas de los muertos. Algunas personas eran elegidas por el dios Tláloc para llegar al Tlalocan ('El lugar de Tláloc'), un sitio ubicado en el inframundo donde residía el dios, ahí iban las personas que morían ahogadas o por la caída de algún rayo, así como aquellas que habían muerto por enfermedades consideradas de origen acuático, o que eran apresadas por el prodigioso *ahuítzotl*, criatura lacustre con una larga cola terminada en una mano con la que atrapaba a las personas y las llevaba a las profundidades de los lagos. Los muertos comunes sin una designación divina especial o alguna señal sacra iban al Mictlan ("Lugar de los muertos"), hacia los dominios de la pareja del inframundo Mictlantecuhtli y Mictecacíhuatl, en un viaje que duraba cuatro años durante el cual tenían que superar diversas pruebas, y a quienes un perrito ayudaba a cruzar un río; al llegar al término del viaje, las entidades anímicas perdían su individualidad y la memoria de su vida en la tierra para reintegrarse al cosmos. Los bebés que morían aún en la cuna, y por tanto carecían de individualidad y memoria desarrollados, estaban destinados a ir al Chichicuáhuitl ('Árbol de senos'), donde los pequeños tomaban leche de sus frutos antes de reciclarse y volver a nacer. También estaba el Cincalco ("En la casa del maíz"), un lugar ubicado bajo la superficie de la tierra, y que se describe de manera muy similar al Tlalocan, cuyo acceso estaba en

---

[5] Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, L. II, cap. XXI, v. I, 183.

[6] López Austin, *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*.

una cueva en el cerro de Chapultepec al que posiblemente estuvieran destinados los suicidas y otros tipos de difuntos.[7]

Por su parte, a los guerreros muertos en combate o sacrificados en los templos les estaba reservado el apoteósico destino de ir al Tonatiuh ichan ('La morada del Sol'), y ser acompañantes del numen solar en su trayecto triunfante desde su salida en el oeste a su llegada al cenit todos los días durante cuatro años. Sahagún señala: "Los que van al Cielo son los que mataban en las guerras y los captivos que habían muerto en poder de sus enemigos".[8] En el caso de las mujeres muertas al dar a luz, eran equivalentes a los guerreros que morían al capturar a un adversario, por tanto, gozaban de un destino similar, pues acompañaban el Sol del cenit al ocaso. De esta manera, los guerreros –hombres y mujeres– eran colaboradores del Sol, tanto en esta vida como en el más allá. En este mundo, los guerreros varones alimentaban a Tonatiuh y a Tlaltecuhtli con la sangre de los enemigos, mientras que en el otro tenían el honor de ser parte del séquito celeste del Sol en su diaria victoria sobre los poderes nocturnos.

Cumplido el periodo de cuatro años en el Tonatiuh ichan, los guerreros muertos regresaban a este mundo trasfigurados en mariposas o en aves, especialmente en estas últimas y particularmente en el *huitzilin*, ("colibrí"). Al respecto, dice el texto náhuatl del *Códice florentino* lo siguiente:

> A los cuatro años se convertían en pájaros preciosos, en colibríes, en pájaros flores, pájaros color leonado, pájaros con anteojera negra, mariposas de tiza, mariposas con plumas, mariposas multicolores como jícaras. Liban allá, en donde viven, y aquí, en la tierra, vienen a libar todas las diversas flores.[9]

En los *cuícatl* ('cantos' nahuas) es común encontrar, justamente, la imagen poética de aves que liban el néctar de flores multicolores. Como bien señaló Ángel Ma. Garibay, esta es una metáfora en la cual las aves son los guerreros que han regresado de la muerte para alimentarse del néctar –sangre de las flores, corazones– de los adversarios muertos en combate o mediante el sacrificio; *xochimicqui* ("muerto florido") es el nombre que reciben los sacrificados.[10]

---

7 Véase Caso, *El pueblo del sol*; Matos Moctezuma, *Tríptico de la muerte* y López Austin, *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*.

8 Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, L. III, apéndice, cap. III, v. I, 331.

9 López Austin, "Los caminos de los muertos", 148.

10 Molina, *Diccionario náhuatl-español*, 454; de *xochitl,* ('flor') y *micqui* ('muerto').

En este contexto, el nombre de Huitzilopochtli, ("Colibrí zurdo"), tiene el sentido de ser el ("Colibrí del sur"), como propone Jacques Soustelle,[11] y por ende del cenit del Sol en su apogeo. De esta forma, la deidad patrona de los mexicas es, por una parte, un valeroso guerrero que ha regresado del más allá y, por otra, un acompañante destacado de Tonatiuh en su victoria sobre la noche. De esta manera, surgen las características solares que adquiere el dios patrón mexica en el momento de la expansión militar tenochca, y la gran importancia que se concede al sacrificio sangriento en el culto mexica como forma de alimentar al Sol, a la Tierra y de honrar a Huitzilopochtli. Esto se complementa con la guerra concebida como forma de enriquecimiento material a través del botín, los tributos y las contribuciones que deben aportar los pueblos sometidos.

Por otra parte, las fuentes no son del todo explícitas sobre lo que pasaba con las mujeres acompañantes del Sol después de cuatro años. No obstante, es claro que una vez que habían fallecido se trasformaban en *cihuateteo* ('deidades femeninas'), las cuales eran compañeras de la diosa Cihuacóatl y se manifestaban de manera negativa para los vivos en fechas aciagas durante las noches, en las encrucijadas y otros lugares considerados peligrosos.

El reputado destino *post mortem* de los valientes guerreros se replicaba en el mundo de los vivos. Los combatientes eran objeto de rituales, honores y privilegios, al mismo tiempo que obtenían fama y gloria individual. Las hazañas de los guerreros más célebres eran uno de los temas recurrentes de los ya mencionados *cuícatl,* 'cantos' nahuas que servían como recordatorios de sus nombres a través del tiempo. Además, su memoria era difundida a través de otros textos orales, y en la tradición acerca del pasado, inclusive, en el caso de los gobernantes, sus hazañas militares y sus personas podían quedar registradas en códices históricos como el *Códice Mendocino*, o en monumentos públicos e inscripciones pétreas, como la Piedra de Tízoc, la lápida conmemorativa del Templo Mayor o los relieves casi desaparecidos de las efigies de los *tlatoque* mexicas en una peña de Chapultepec.

La fama y gloria obtenidas en el campo de batalla o en los rituales de sacrificio no constituían un patrimonio exclusivamente individual, pues también eran extensivas a la colectividad de la que formaban parte. Cada valiente guerrero incrementaba el prestigio social y político de las familias, de los linajes, de las ciudades hegemónicas y la historia de grupos enteros al cumplir hazañas bélicas o sacrificarse para los rituales divinos y alimentar con su sangre a los dioses. Así las crónicas, anales y tradiciones históricas de pueblos como los tepanecas, acolhuas, tlaxcaltecas, chalcas o los propios mexicas eran, en buena parte, recuentos de grandes

[11] Soustelle, *El universo de los aztecas*.

y valientes guerreros y gobernantes. Como dice fray Diego en su *Historia de las Indias* respecto de los guerreros fallecidos: "gozan de aquellos resplandecientes aposentos del sol, donde andan en su compañía arreados de aquella luz suya, de los cuales habrá eterna memoria".[12]

Ahora bien, antes de continuar es necesario tratar la cuestión del destino de las entidades anímicas de los gobernantes que no morían "a filo de obsidiana" en la guerra, ni por "cuchillo de pedernal" en el sacrificio, sino por enfermedades comunes, accidentes o por vejez. Si se toma como referente el texto sahaguntino sobre "los caminos de los muertos" del libro III del *Códice florentino* parecería que les correspondería ir al Mictlan, al igual que a las humildes personas del común. Sin embargo, es difícil creer que una sociedad militarista como la mexica, que enfatizaba tanto el recuerdo del pasado y las hazañas bélicas de los *tlatoque*, no procurara a sus gobernantes la posibilidad de acceder a un destino más venturoso después de la muerte. Al respecto, hay que traer a colación la posibilidad de que los cautivos sacrificados fueran sustitutos simbólicos de los cautivadores, tanto a nivel individual como colectivo, tal y como lo ha propuesto Michel Graulich. Recordemos que el cautivador se volvía "padre" del cautivo, y que no comía su carne porque era como la parte de sí mismo. Así, cada guerrero de manera individual habría ofrecido "su carne" y "su sangre" a través de un cautivo que, en ese sentido, fungía como una especie de *alter ego* ritual. En el caso de *huey tlatoani* en sus facetas de supremo sacerdote y jefe militar, estaría implicado en mayor grado en este parentesco y sustitución simbólica a través de los cautivos sacrificados.

Pero aun con esos elementos, los gobernantes nahuas no tenían del todo asegurado un destino venturoso después de la muerte, como lo dejan ver diversos pasajes de la historiografía de tradición náhuatl y de los *cuícatl* ("cantos"), que reflejan un alto nivel de angustia ante el más allá. Por ejemplo, pueden citarse dos textos del manuscrito de *Cantares Mexicanos*, el primero señala claramente que los miembros de la élite podían ir al Mictlan, al igual que la gente común: "Lloro, me entristezco, / recuerdo a los príncipes [...] en verdad se fueron al Mictlan los príncipes".[13] Y en el segundo se trasluce la inquietud ante la muerte:

[12] Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España*, cap. XXXVIII; v. II, 287.

[13] *Cantares mexicanos*, v. II, 425.

¿He de irme como las flores que perecieron?
¿Nada quedará de mi nombre?
¿Nada de mi fama aquí en tierra?
¡Al menos mis flores, al menos mis cantos!
Aquí en la tierra es la región del momento fugaz.
¿También es así en el lugar
donde de algún modo se vive?
¿Hay allá alegría, hay amistad?[14]

Este es el marco general de ideas y costumbres respecto de los guerreros capturados en combate. No obstante, como ya se ha dicho, había casos que quedaba fuera de la norma y que serán objeto de las siguientes páginas.

Tlacahuepan

Varios personajes relevantes con el nombre de Tlacahuepan son mencionados en la historiografía de tradición náhuatl, desde un avatar del dios Tezcatlipoca en la historia de la caída de Tula Xicocotitlan (900-1200), hasta varios notables miembros de la élite náhuatl del Posclásico Tardío. Aquí nos referimos a un *pilli* mexica que vivió en los tiempos del *tlatoani* Motecuhzoma Ilhiucamina y el *cihuacóatl* Tlacaélel, el cual participó en las guerras entre Tenochtitlan y la región de Chalco en el siglo XV.[15] El nombre de Tlacahuepan viene de *tlacatl* ("persona"), y *huepantli*, ("viga grande o por labrar"), según lo expuesto por fray Alonso de Molina, así su nombre puede entenderse como "Viga humana". La escritura jeroglífica náhuatl utiliza dos logogramas que corresponden con la etimología de la palabra; una figura de cabeza humana, que es el signo-palabra "tlaca", y la figura de un madero, que es el signo-palabra "huepan", así se lee *tlaca-huepan*, Tlacahuepan[16] (figura 1).

El Tlacahuepan que nos ocupa es mencionado en las obras historiográficas del grupo de la llamada *Crónica X*, las cuales son historias que abrevan de una misma fuente escrita en lengua náhuatl en caracteres latinos, transmitidas por la tradición histórica de la élite tenochca. Sus principales representantes son la *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de la tierra firme* de fray Diego Durán y la *Crónica mexicana* de Hernando de Alvarado Tezozómoc. A través de la obra de Durán,

[14] *Cantos y Crónicas del México Antiguo*, 140.

[15] Véase Noguez, "Tlacahuepan", 12-15.

[16] Sobre la escritura náhuatl véase Pastrana Flores, "Palabras que vuelan y descienden. Escritura, etimología y significado del nombre Cuauhtémoc", 8-15.

y quizás también de otras fuentes, esta tradición se incorporó a la obra de Juan de Tovar en sus dos versiones: la *Relación del origen de los indios* y el *Códice Ramírez*. A su vez, Tovar proporcionó su *Relación* a Josep de Acosta, quien la aprovechó en la redacción del libro séptimo de su *Historia natural y moral de las Indias*. El personaje también es mencionado en algunos *cuícatl* del manuscrito náhuatl de *Cantares mexicanos*.

Figura 1 El nombre jeroglífico está formado por el signo *tlacatl* ('una cabeza de hombre') que es el logograma "tlaca"; y debajo el signo *huepantli* ('viga de madera') que es el logograma "huepan". La lectura es *tlaca-huepan*, Tlacahuepan.



Fuente: *Códice Cozcatzin*, f. 1 v. (tomado de *Arqueología Mexicana*, núm. 163)

Tlacahuepan pertenecía a los más prestigiosos linajes de los mexicas, pues según Durán, era primo hermano del *tlatoani* Motecuhzoma y había alcanzado la dignidad de *ezhuahuacatl*, al que se accedía por grandes méritos militares y administrativos, y por demostrar devoción a las deidades. Este personaje era parte de los cuatro grandes dignatarios –*tlacatécatl*, *tlacohcalcatl* y *tlillancalqui*– que conformaban el *Tlatocan*, un consejo que sólo estaba por debajo del *tlatoani*

y del *cihuacóatl*, incluso, llegado el caso, se designaba de entre sus filas al nuevo mandatario de Tenochtitlan.

Como correspondía a su dignidad de *ezhuahuacátl* y de guerrero, Tlacahuepan participó en la campaña contra Chalco en la cual fue capturado junto con otros muchos guerreros mexicas. Según Durán y Tezozómoc, los chalcas al percatarse de su encumbrado linaje y prestigio personal decidieron no ofrendarlo a sus dioses y en cambio le ofrecieron nombrarlo gobernante en Chalco, así como perdonar la vida de todos los cautivos mexicas y establecer un barrio tenochca en tierra chalca, como dice Alvarado Tezozómoc: "acordaron no matar a este principal, antes alzar los mexicanos a libres de muerte, y que fuese rey de ellos [...] dexándolo en un barrio con todos los otros".[17] Aparentemente, Tlacahuepan aceptó la propuesta y pidió que prepararan los ritos de la veintena Xocotl Huetztli que incluían elevar un madero "de veinte brazas" con un andamio en la cúspide donde él bailaría, al tiempo que tocaría un tambor y un teponaztle. Sin embargo, el plan de Tlacahuepan era otro, pues dijo a los otros cautivos mexicas: "yo he de morir con vosotros, pues no vine a reinar, sino a pelear y morir como hombre".[18]

Llegado el momento, Tlacahuepan subió hasta la cima del madero, bailó y cantó, y según Tezozómoc, dijo estas palabras: "Señores chalcas, oy os compro por mis esclavos, que abéis de servir y tributar a nuestros hijos y nietos mexicanos. Y mirá lo que os digo, que esto será cierto y vero". Luego, se dirigió a los mexicas cautivos exclamando: "¡Ya boi, aguardéme, mexicanos!".[19] Acto seguido, se arrojó de lo alto del madero y encontró la muerte en la caída. Los chalcas tomaron sus restos y los llevaron a un templo junto con el resto de los cautivos para sacrificarlos, pues buscaban honrar a sus dioses y pretendían conjurar las palabras de Tlacahuepan, palabras que, como se sabe, se cumplieron, y los tenochcas sometieron a los chalcas.

En este caso, es claro que el suicidio de Tlacahuepan funge como sustituto del sacrificio humano que le correspondía al ser capturado. Se presenta como un acto de valentía individual, y como un ejemplo de conducta para los guerreros mexicas. Por ello, Tlacahuepan es recordado como un valeroso combatiente y sus actos son celebrados como modelos a imitar. Por tanto, puede afirmarse que, en su caso, el suicidio constituye un auténtico autosacrificio que hizo posible que el personaje cumpliera con su rol social, tanto ante la comunidad mexica como de cara a los

[17] Alvarado Tezozómoc, *Crónica Mexicana*, 117.

[18] Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España*, cap. XVII; v. II, 146.

[19] Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, 118.

dioses. Además, desde una perspectiva religiosa, las palabras atribuidas de Tlacahuepan constituyen una auténtica prefiguración de la victoria mexica sobre Chalco.

Tlahuicole

Las principales obras que hablan de Tlahuicole son, por una parte, las del grupo de la *Crónica X*, la *Historia* de Durán y la *Crónica* de Tezozómoc mencionadas anteriormente y, por otra parte, también se habla de él en las obras históricas de Diego Muñoz Camargo –la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala* y la *Historia de Tlaxcala*–, que aportan información y permiten conocer en lo general el punto de vista de la tradición historiográfica tlaxcalteca. En otro orden de ideas, hay que señalar que la etimología de Tlahuicole es incierta, pues Muñoz Camargo dice que significa "el de la divisa de barro cocido y torcido como una asa".[20] En cambio, Molina registra el vocablo *tlauicollotl* como "asa de jarro", quizás el nombre deba entenderse como "el que posee asa de jarro". Además, el nombre jeroglífico del personaje no ha quedado registrado en los códices y monumentos que conocemos.

De Tlahuicole tenemos versiones encontradas, aunque coinciden en algunos puntos centrales. Veamos primero la versión de las crónicas del ciclo de la *Crónica X*. La tradición tenochca ubica el episodio después de celebrada la ceremonia del Fuego Nuevo en el año *ome ácatl* ("dos caña") –1507–, cuando Motecuhzoma Xocoyotzin recibe una embajada de Huexotzinco pidiendo ayuda en su enfrentamiento con Tlaxcala, sobre todo para encarar a Tlahuicole, que era de origen otomí, quien ante sus hazañas militares "sonaba su fama y grandezas entre todas las naciones".[21] El *tlatoani* mexica concedió la petición y, después de un tiempo, sus fuerzas consiguieron apresar a Tlahuicole, quien fue llevado a Tenochtitlan ante la presencia de Motecuhzoma, el cual "quería ver qué arte de hombre tenía aquel de quien temblaba toda la tierra".[22]

Debido a la fama que lo precede, Tlahuicole fue objeto de un trato especial con distinciones de todo tipo, como darle mantas y joyas, así se le "honró todo lo que pudo".[23] Tiempo después, Tlahuicole extrañó a sus mujeres e hijos y cayó en un

[20] Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, 189.

[21] Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España*, cap. LX; v. II, 455.

[22] Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España*, cap. LX; v. II, 456.

[23] Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España*, cap. LX; v. II, 455.

estado de depresión, de esta forma pasaba "cada día llorando y muy desconsolado suspirando por sus hijos y mujeres".[24] Y se preguntaba: "¿Es posible, mujeres mías, que jamás os beré de mis ojos?".[25] Esta noticia era pésima, pues se consideraba un mal augurio que los cautivos se entristecieran. Al saberlo, el *huey tlatoani* montó en cólera y dispuso que se le retiraran todos los honores, así como alimentos e incluso los guardas que estaban con él. Además, ordenó que se le ignorara y que si quería irse de regreso a su casa, lo hiciera, "que da afrenta su temor de morir a todos los barones principales mexicanos de esta corte".[26] Al enterarse de estas disposiciones, Tlahuicole "enmudeció y se puso muy triste y desconsolado", y tuvo que vivir de la caridad pidiendo ayuda de casa en casa. No podía regresar con los suyos porque "quedaría afrentado para siempre él y todo su linaje".[27] Así que fue a Tlatelolco, subió al templo principal y se arrojó de lo más alto para morir "cumpliendo en sí mismo el efecto para que había sido traído, que era ser sacrificado",[28] según lo expuesto por Durán. Los tlatelolcas tomaron su cuerpo e hicieron los ritos de sacrificio, igual que habían hecho los chalcas con Tlacahuepan.

La versión de Muñoz Camargo ofrece variantes importantes y significativas. Según el cronista tlaxcalteca, Tlahuicole no era de alta cuna, sino "un pobre hidalgo", aunque por su esfuerzo y hazañas llegó a ser uno "de los más valientes indios"; con tales méritos militares, de no haber sido capturado, habría llegado a "ser muy gran señor".[29] En una de las guerras que sostenía Tlaxcala contra Huexotzingo, Tlahuicole fue capturado en una ciénaga, y los huexotzincas, conscientes de su gran fama lo llevaron a Tenochtitlan dentro de una jaula como presente para Motecuhzoma Xocoyotzin. El *huey tlatoani*, al tanto de la gran fama del prisionero, lo convenció para dirigir las fuerzas mexicas en una guerra contra los tarascos de Michoacán. La campaña no fue decisiva, aunque ambos bandos sufrieron grandes pérdidas. Sin embargo, los tenochcas obtuvieron un gran botín de guerra, mientras que Tlahuicole se distinguió por su arrojo en el combate que "ganó entre los mexicanos eterna fama de valiente y extremado capitán".[30]

---

[24] Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España*, cap. LX; v. II, 455.

[25] Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 100, v. II, 627.

[26] Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 100; v. II, 627.

[27] Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España*, cap. LX; v. II, 455.

[28] Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España*, cap. LX; v. II, 455.

[29] Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, 189-190.

[30] MuñozCamargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, 190.

Ante su éxito Motecuhzoma le dio la opción de elegir entre quedarse en Tenochtitlan como jefe militar o regresar a su tierra. La respuesta de Tlahuicole es muy esclarecedora del tema que nos ocupa, pues rechazó ambas posibilidades, la primera "por no ser traidor a su patria", y la segunda, el regreso, era inaceptable "por no vivir afrentado; que se tenía por afrenta cuando ansí eran presos en la guerra, sino que habían de morir en ella o vencer".[31] En cambio, Tlahuicole pidió al *huey tlatoani* que le permitiera morir conforme a su destino como guerrero, "como lo acostumbraban hacer con los valientes hombres como él". Para ello, se escogió el rito conocido como sacrificio gladiatorio, en el cual el cautivo era amarrado a un *temalácac* ("disco de piedra"), y debía enfrentar, sólo con palos sin hojas de obsidiana, a guerreros perfectamente armados. Según el cronista de Tlaxcala, después de matar a ocho adversarios y herir a una veintena, finalmente lo sometieron y lo llevaron al Templo Mayor de Tenochtitlan donde "le sacaron el corazón".[32]

De acuerdo con Muñoz Camargo, la respuesta atribuida al personaje a la propuesta de Motecuhzoma y su destino final al ser sacrificado, están en consonancia con lo que se ha expuesto respecto del carácter del guerrero. Puede decirse que en la versión tlaxcalteca, Tlahuicole cumple plenamente su destino como un gran guerrero capturado: dar su sangre a los dioses en sacrificio y alcanzar la fama en esta tierra.

La diferencia más notable entre ambas versiones es la actitud atribuida a Tlahuicole. En la versión mexica se comportó como un cobarde que extrañaba a su familia, mientras que en la versión tlaxcalteca siempre mostró gran valor y carácter. En ambas versiones puede regresar a su tierra, pero esto es imposible por el desprestigio social que conlleva. En la versión tenochca también puede optar por quedarse al servicio de Motecuhzoma, pero esto tampoco es admisible en su código de conducta. En ambos casos, la única salida del personaje es el sacrificio; en el primer caso, es sustituido por el suicidio que es complementado ritualmente por los tlatelolcas para que sea equivalente a un sacrificio ordinario, en cambio, en la versión de Muñoz Camargo es un sacrificio gladiatorio en toda regla. De esta manera, el personaje en cualquiera de las versiones alcanza su destino como guerrero capturado.

[31] MuñozCamargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, 190.

[32] Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, 190.

Motecuhzoma Xocoyotzin

Sobre Motecuhzoma contamos con abundantes referencias en la historiografía novohispana, tanto en la de tradición indígena como en la tradición española. Entre las primeras deben destacarse las ya mencionadas del Ciclo de la *Crónica X*, tales como Durán, Tezozómoc, Tovar y Acosta; de igual forma, son referentes importantes las fuentes tlatelolcas como los *Anales de Tlatelolco* y el Libro XII de la *Historia general de Sahagún*. También es importante tomar en cuenta las versiones de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl en sus obras históricas, la de Chimalpain Cuauhtlehuanitzin en sus numerosas *Relaciones* y la del ya mencionado Muñoz Camargo. Mención especial merecen algunos manuscritos jeroglíficos como el *Códice Vaticano A* y el *Lienzo de Tlaxcala*. En la tradición española destacan las relaciones, crónicas e historias de los soldados cronistas e historiadores que lo conocieron, empezando por las *Cartas de relación* de Hernando Cortés, la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, la *Relación de la conquista* de fray Francisco de Aguilar y las *Relaciones* de Andrés de Tapia y Bernardino Vázquez de Tapia; igualmente, son notables la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara y la *Crónica de la Nueva España* de Francisco Cervantes de Salazar. Debe destacarse que, contrariamente a los pensamientos de algunos, las versiones indígenas son mucho más desfavorables a Motecuhzoma que las españolas.[33]

Según Molina, la etimología del nombre de Motecuhzoma se compone del verbo *zoma* ("poner el ceño el que está enojado"), del sustantivo *tecuhtli* ('principal, señor o gobernante') y del prefijo reflexivo *mo*. De esta manera, el sentido es "el que frunce el ceño y se enoja como principal". En la escritura jeroglífica se utilizan dos logogramas, una figura de una *xihuitzolli*, especie de diadema que usan los *tlatoque* y los jueces que es el signo-palabra "tecuh", y la figura de una nariguera, que es el signo-palabra "zoma", y en la lectura se agregaba la parte fonética que faltaba: "*(mo)-tecuh-zoma*", Motecuhzoma (figura 2). El apelativo Xocóyotl ("el joven") no aparece registrado ni en los códices ni en los monumentos e inscripciones.

[33] Pastrana Flores, *Historias de la conquista. Aspectos de la historiografía de tradición náhuatl*, 2009.

Figura 2 El nombre jeroglífico está formado por el signo de *xihuitzolli* (una especie de diadema) que es el logograma "tecuh", mientras que el signo de enfrente es una *yacaxíhuitl* ("nariguera de turquesa") y es el logograma "zoma". La lectura es *[mo]-tecuh-zoma*, Motecuhzoma.



Fuente: *Códice Mendocino*, f.15v. https://digital.bodleian.ox.ac.uk/objects/2fea788e-2aa2-4f08-b6d9-648c00486220/

Durante el trayecto de los hispanos a la Tenochtitlan, el *tlatoani* trató de huir del mundo de los vivos a alguno de los destinos de los muertos, lo cual constituyó una grave transgresión, pues aún no había muerto. Buscó ser aceptado como simple barrendero en el Cincalco por Huemac, el señor tolteca que se suicidó en Chapultepec. Para ello, envió varias embajadas de enanos y corcovados; a la cuarta fue aceptado, y se le instruyó que se preparara observando una severa penitencia. Cumplido el plazo establecido, se dirigió en barca a Chapultepec, pero su intento se vio frustrado por un joven llamado Tzoncoztli, que servía en el templo de Huitzilopochtli como *ixiptla* o "trasunto" del dios, quien le recordó sus obligaciones y las graves consecuencias de sus acciones, le dijo:

> ¿No es muy grande afrenta que vos, señor, queréis tomar y causar a todo este imperio? [...] ¿y queréis darles osadía a que vengan extraños a arruinar la monarquía de esta cabeza del mundo, por sólo vuestro apetito? [...] No sólo para vuestra persona, sino para la descendencia de reyes, es la afrenta y vergüenza, de puro temor de lo que por vos ha de venir.[34]

[34] AlvaradoTezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 107, v. II, 675-676.

El gobernante era la cabeza de la sociedad y el corazón de la ciudad en términos simbólicos y funcionales, por tanto, su ausencia o mala disposición eran motivo de graves problemas.

Unos días después de su llegada a Tenochtitlan, los españoles lo apresaron en su propia casa y lo mantuvieron en estrecha vigilancia mientras le permitían continuar al frente de los asuntos administrativos. Esta fue una circunstancia excepcional, pues para todo efecto era un cautivo, pero no a causa de acciones o situaciones de guerra, sino por traición. Sin duda, esto debió ser motivo de profundas reflexiones sobre cómo conceptualizar esta situación anómala en el marco ideológico y político náhuatl. El cargo y la dignidad de *huey tlatoani* era vitalicia, irrenunciable e intransferible, sólo podía ser sustituido por causa de muerte. Por ello, para efectos prácticos, Motecuhzoma siguió siendo considerado el gobernante en funciones del pueblo mexica, incluso después de la llegada de Pánfilo de Narváez y la matanza en el Templo Mayor.

Al regresar Cortés de la Costa del Golfo, después de someter a Narváez y su ejército, fue recibido en Tenochtitlan, pero una vez que se instaló, su ejército fue atacado y sitiado por los mexicas. Después de unos días, Cortés dispuso que Motecuhzoma se presentara públicamente en una azotea o balcón para tratar de apaciguar a su pueblo, pero fue recibido con encono, injurias y piedras.

Las circunstancias de la muerte del Motecuhzoma son obscuras, y seguramente se mantendrán así. Lo que sí sabemos es que hay dos tendencias de interpretación. La hispana dice que murió a causa de una herida en la cabeza provocada por una pedrada arrojada por los mexicas, y las versiones indígenas afirman que fue asesinado por los españoles, aunque el medio específico difiera; en algunos casos se habla de espadas y puñales, o que fue ahorcado con una cuerda. En cualquier caso, es claro que no recibió todo el tratamiento ritual que correspondía a un *huey tlatoani* y guerrero, incluso no pudo encarar la muerte como correspondía a su alta dignidad y rango. El texto náhuatl del *Códice florentino* es muy gráfico respecto del cuerpo del *tlatoani* muerto, pues señala: "y el cuerpo de Motecuhzoma olía como a carne chamuscada, hedía muy mal al arder", mientras que algunos decían: "Ese infeliz en todo el mundo infundía miedo [...] Y muchos otros lo reprochaban y hablaban entre dientes, lanzaban gritos de rabia, movían ante él la cabeza".[35]

Sin decirlo de manera explícita, es muy probable que en su caso se considerara que en la última etapa de su vida no había cumplido lo esperado de un gobernante ni

[35] Sahagún, *Códice florentino*, "Libro doce. En él se dice cómo se hizo la guerra en esta ciudad de México", cap. XXIII, 784.

tampoco lo correspondiente a un valiente guerrero. Todo esto puso en entredicho su memoria, y quizás, también su suerte en el más allá.

Cuauhtémoc

Para conocer a Cuauhtémoc, las principales obras historiográficas y fuentes son prácticamente las mismas que las del caso de Motecuhzoma, sólo habría que agregar el códice conocido como *Tira de Tepechpan*. Su nombre tiene como raíces el sustantivo *cuauhtli,* ("águila"), y el verbo en pasado *temoc* ("bajó" o "descendió"), así su nombre se entiende como "Él descendió como águila". En escritura jeroglífica náhuatl se usan dos logogramas: la figura de un águila, que es el signo-palabra "cuauh", y la figura de huellas de pies bajando, que es el signo-palabra "temo", por tanto, se lee "*cuauh-temo[c]*", Cuauhtémoc (figura 3).

Figura 3 En la parte superior del jeroglífico está el signo de un águila (*cuauhtli*) que es el logograma "cuauh"; la inferior es el signo de huellas o pies (*xopalmachiyotl*) que bajan, es el logograma "temo", la lectura es *cuauh-temo[c]*.



Fuente: *Cuauhtémoc. Códice Aubin*, f. 75v.

Cuauhtémoc llegó a ser *tlatoani* mexica en una coyuntura de gran gravedad. Tenochtitlan había sufrido los destrozos de la matanza del Templo Mayor, y los posteriores combates en el corazón de la ciudad hasta la expulsión de los españoles en la Noche Triste. La urbe también había padecido una grave e inusitada epidemia de viruela que había diezmado a la población y causó la muerte de su antecesor Cuitláhuac. Mientras esto ocurría en la capital mexica, la *Excan Tlatoloyan*

o Triple Alianza se desquebrajaba, pues varias ciudades se pasaban al bando contrario o simplemente mantenían su distancia y esperaban ver el resultado de las acciones militares; por el contrario, sus adversarios de la alianza hispano-indígena cada día incrementaban más sus fuerzas y recursos, tanto de aliados mesoamericanos como de tropas y pertrechos hispanos y antillanos que llegaban a las costas de Veracruz.

Como ya se ha dicho, Cuauhtémoc fue apresado el 13 de agosto de 1521 y le pidió a Cortés que lo sacrificara, a lo que el capitán se negó. Poco después, por presión del tesorero Julián de Aldrete se le sometió a tortura, misma que lo dejó incapacitado permanentemente de ambos pies. El joven *tlatoani* estuvo preso o bajo la estrecha vigilancia de los españoles durante cuatro años. El 12 de octubre de 1524 Cortés emprendió el desventurado viaje a la Hibueras –hoy Honduras– para someter al capitán rebelde Cristóbal de Olid, llevando consigo a Cuauhtémoc y otros gobernantes indígenas, probablemente por temor de una posible rebelión durante su ausencia. En un lugar aún no identificado llamado Huey Mollan o Acalan, Cortés recibió la denuncia de una supuesta conspiración encabezada por Cuauhtémoc para atacar y matar a los españoles. Después de un juicio sumario con escasas pruebas y de manera totalmente irregular, Cuauhtémoc fue condenado a la pena de muerte. Según Bernal Díaz del Castillo, las palabras de Cuauhtémoc fueron:

> ¡Oh, Malinche!, días había que yo tenía entendido que esta muerte me habías de dar e había conocido tus falsas palabras. ¿Por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande, pues yo no me la di cuando me entregaste tu persona en mi cibdad de México.[36]

A través de estas palabras puede notarse cómo se alude a la posibilidad del suicidio cuando se dice "yo no me la di [la muerte]", lo que está en consonancia con los casos de Tlacahuepan y Tlahuicole. Cuauhtémoc fue ahorcado el 28 de febrero de 1525, una fecha correspondiente al martes de carnaval.

La ejecución de Cuauhtémoc no cumplió con las formalidades del derecho castellano y tampoco cubrió las de la normatividad náhuatl. Los gobernantes nahuas podían ser ejecutados previo un proceso que presidían las máximas autoridades judiciales de la *Excan Tlahtoloyan*, proceso que, evidentemente, ya no se podía seguir. Los gobernantes debían ser ejecutados siguiendo un procedimiento ritual, el cual podía consistir en ser golpeados con porras o ahorcados por la espalda con una cuerda que era sujetada por dos sacerdotes ejecutores. Por eso, se puede afirmar que la muerte de Cuauhtémoc no cumplió con los aspectos legales y rituales de la

[36] Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. CLXXVI; v. II, 858.

tradición náhuatl. A diferencia de Motecuhzoma, Cuauhtémoc sí tomó las armas contras sus enemigos, y esa es la razón por la que fue considerado como un valeroso guerrero, aunque su destino *post mortem* resulta incierto.

Para terminar

Los cuatro casos abordados en este ensayo permiten señalar que el mundo náhuatl daba una salida ritual aceptable para las situaciones anómalas donde los guerreros capturados no eran sacrificados, la cual era el suicidio por medio de arrojarse en espacios sagrados, ya fuera el madero de Xocotl Huetzin o de un templo, como son los casos de Tlacahuepan y Tlahuicole respectivamente. En ese sentido, el suicidio era equivalente al sacrificio humano en el plano religioso, y correspondía a una solución válida en el plano del prestigio social, tanto para los individuos como para las familias y los linajes. Al suicidarse, también garantizaban un tratamiento ritual adecuado para los cuerpos. Es muy posible que los nahuas pensaran que tanto Tlacahuepan como Tlahuicole llegarían a la Morada del Sol en su viaje triunfante de la penumbra al mediodía.

El caso de Motecuhzoma es excepcional y anómalo. Es un personaje que al principio elude su función guerrera y luego se ve imposibilitado para tomar las armas. Si bien su cadáver recibe un tratamiento ritual tradicional, la figura de Motecuhzoma es denostada y señalada como un mal gobernante. Queda claro que, en su caso, no habría posibilidad de ir a la *Tonatiuh ichan* para acompañar al Sol victorioso; lo más seguro es que se pensara que su destino fuera el Mictlan con las personas comunes.

En lo que respecta a Cuauhtémoc, las cosas no son tan claras, pues, por una parte, se comporta como un gobernante y guerrero valiente que asume su rol social y político al enfrentar a los invasores, por la otra, no murió conforme los parámetros nahuas, ya que su incapacidad le impidió suicidarse a la manera de Tlacahuepan y Tlahuicole. Al ser ahorcado por órdenes de Cortés, su muerte asemejó vagamente a los métodos de ejecución de los *tlatoque* en el mundo náhuatl, pero él no fue juzgado de manera tradicional, ni había cometido faltas como mandatario que ameritaran su ahorcamiento. En la historiografía de tradición indígena es tratado con respeto al igual que Cuitláhuac, pero sin ser objeto de exaltaciones.

En conclusión, puede decirse que ni los grandes gobernantes ni los más valientes guerreros tenían asegurado su destino en el más allá, o la buena fortuna de su memoria en este mundo. Todo dependía de una correlación de decisiones adecuadas,

condiciones y circunstancias favorables y, sin que se mencione explícitamente, de la voluntad siempre inescrutable de los dioses.

Referencias

Alvarado Tezozómoc, Hernando. *Crónica Mexicana*, editado por Gonzalo Díaz Migoyo y Germán Vázquez, Madrid: Historia 16, 1997, (Crónicas de América, 76).

Cantares mexicanos. Volumen II. Tomo I. Del folio 1r al 42r, editado por Miguel León Portilla. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Instituto de Investigaciones Filológicas-Instituto de Investigaciones Históricas, 2011. https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cantares/cm02.html

Cantos y Crónicas del México Antiguo, editado por Miguel León Portilla. Madrid: Historia 16, 1986.

Caso, Alfonso. *El pueblo del sol*. Ciudad de Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1996.

Cervantes de Salazar, Francisco. *Crónica de la Nueva España*, prólogo de Juan Millares Ostos, México: Porrúa, 1985, (Biblioteca Porrúa, 84).

Códice Vaticano A. 3738, editado por Ferdinand Anders, Maarten Jansen y Luis Reyes García. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica y Akademische Druck-und Verlagsanstalt, 1996, (Códices Mexicanos, XII).

Cortés Hernán. *Cartas de Relación*, editado por Ángel Delgado Gómez. Madrid: Castalia, 1993, (Clásicos Castalia, 198).

Cuéllar Abaroa, Crisanto, "Tlahuicole: un notable guerrero Tlaxcalteca". En *Antología de Tlaxcala I*, coordinado por Lorena Mirambell Silva. México: INAH / Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1996.

Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, editado por Guillermo Serés, ensayo de Miguel León-Portilla. Ciudad de México: Academia Mexicana de la Lengua, 2014.

Dumézil, Georges, *El destino del guerrero, aspectos míticos de la función guerrera entre los indoeuropeos*, 2.ª ed. México: Siglo XXI, 2008.

Durán, Diego. *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de la tierra firme*. Vol. 2, 2ª edición, introducción, paleografía, notas y vocabularios de Ángel M. Garibay. México: Porrúa, 1984, (Biblioteca Porrúa, 36-37).

González Torres, Yólotl. *El sacrificio humano entre los mexicas*. Ciudad de México: FCE-INAH, 1985.

Graulich, Michel, "Tlahuicole. Un héroe tlaxcalteca controvertido". En *El héroe entre el mito y la historia*, coordinado por Federico Navarrete y Guilhem Olivier, 89-100. México: UNAM- IIH-Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2000.

Graulich, Michel. *El sacrificio humano entre los aztecas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2016.

López Austin, Alfredo. "Los caminos de los muertos", *Estudios de Cultura Náhuatl* 2 (agosto 1960): 141-148. https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78637

López Austin, Alfredo. *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*. Vol. 2, México: UNAM, 1984.

Matos Moctezuma, Eduardo. *Tríptico de la muerte*. Ciudad de México: El Colegio Nacional, 2015.

Matos Moctezuma, Eduardo. "La muerte de Cuauhtémoc", *Arqueología Mexicana*, no. 119 (febrero 2025): 68-73.

Motolinía, Toribio. *Memoriales*. Madrid: Atlas, 1970.

Motolinía, Toribio de. *El libro perdido. Ensayo de reconstrucción de la Obra histórica extraviada de fray Toribio*, editado por Edmundo O'Gorman, México: Conaculta, 1989.

Molina, Antonio de. *Diccionario náhuatl-español*, editado por Marc Thouvenot, México: UNAM, 2014.
Muñoz Camargo, Diego, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias del Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas, mandada hacer por la S.C.R.M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor*, edición, prólogo, introducción, paleografía, notas e índices de René Acuña, San Luis Potosí: El Colegio de San Luis-Gobierno del Estado de Tlaxcala, 2000, (Biblioteca Tlaxcalteca).
Muriel, Josefina. "Divergencias en la biografía de Cuauhtémoc", *Estudios de Historia Novohispana* I, no. 1 (1966): 53-119. https://novohispana.historicas.unam.mx/index.php/ehn/article/view/3205/2760
Noguez, Xavier. "Tlacahuepan", *Arqueología Mexicana* XXIX, no. 176 (septiembre-octubre 2022): 12-15. https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/tlacahuepan
Olivier, Guilhem, "Sacrificio humano, mito y poder entre los mexicas", *Letras Libres*, no.133 (enero 2010): 30-36.
Pastrana Flores, Miguel. *Historias de la conquista. Aspectos de la historiografía de tradición náhuatl*. México: UNAM - IIH, 2009.
Pastrana Flores, Miguel. "Palabras que vuelan y descienden. Escritura, etimología y significado del nombre Cuauhtémoc", *Arqueología Mexicana*, edición especial no. 119 (febrero 2025): 8-15.
Pastrana Flores, Miguel. "La entrega del poder de Motecuhzoma. Una propuesta crítica", *Estudios de Historia Novohispana,* no. 62 (julio 2020): 105-138. https://doi.org/10.22201/iih.24486922e.2020.62.72727
Pastrana Flores, Miguel. "Presagios, augurios y portentos de las conquistas de Mesoamérica. Una perspectiva comparada", *Korpus 21. Revista de Historia y Ciencias Sociales* I, no. 1 (2021): 15-40. https://doi.org/10.22136/korpus2120213
Relación de Coatepec. En *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, editado por René Acuña, 123-176. T. 3. México, UNAM, 1985.
Sahagún, Bernardino de. *Códice florentino. Manuscrito 218-20 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenciana*, edición facsimilar. Vol. 3, México: AGN, 1979.
Sahagún, Bernardino de. *Historia general de las cosas de Nueva España*. Vol. 3, introducción, paleografía, glosario y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, prólogo e índice analítico de Josefina García Quintana, México: Conaculta, 2000, (Cien de México).
Sahagún, Bernardino de. *Libro doce. En él se dice cómo se hizo la guerra en esta ciudad de México*, traducción y notas de Ángel M. Garibay. En Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 5ª edición, proemio, ints., numeración, notas y apéndices de Ángel M. Garibay, 759-809. México: Porrúa, 1982, (Sepan cuantos, 300).
Sahagún, Bernardino de. *Relación de la conquista de esta Nueva España, como la contaron los soldados indios que se hallaron presentes*, edición, estudio preliminar, notas y apéndices de Miguel Pastrana. En prensa.
Soustelle, Jacques. *El universo de los aztecas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2012.